

FRANCISCO  
PÉREZ CAYUELA

EL PACTO  
DEL SEÑOR

# Hawkins

Y OTROS  
RELATOS



Círculo Rojo  
EDITORIAL

---

Primera edición: octubre 2021

Depósito legal: AL 2885-2021

ISBN:978-84-1111-849-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Francisco Pérez Cayuela

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

---

---

---

---

---

---

## Índice

<b>EL PACTO DEL SEÑOR HAWKINS .....</b>	<b>11</b>
<b>EL PUEBLO FANTASMA.....</b>	<b>99</b>
<b>LA ISLA DEL SEÑOR VAN DIKE .....</b>	<b>163</b>
<b>HOLMES Y EL ESQUELETO DE HALLOWEEN .....</b>	<b>235</b>

---

---

# **EL PACTO DEL SEÑOR HAWKINS**

---



---

**L**a luz mortecina del ocaso daba a la plaza un matiz tétrico. O, al menos, eso le pareció a Elisa al observar cómo los rayos de sol, con las peculiares tonalidades del atardecer, caían sobre los viejos edificios de ladrillo y bronceaban las siluetas de las dos sirenas por las que salían los chorros de agua en la fuente. La verdad es que últimamente todo le daba esa impresión. La mujer morena, delgada, de unos treinta y pocos, caminaba pensativa por las solitarias calles de la ciudad. En la plaza, junto a la fuente, que estaba situada en su centro, descansaba un mendigo harapiento, viejo y sucio.

—Una moneda —le pidió el mendigo, alzando su mano arrugada.

Elisa se sacó un par de céntimos del bolsillo.

—Tome. Por favor, estoy buscando la casa de la... —No acertaba con la palabra exacta— la curandera Madison. Me han dicho que está por aquí cerca.

El mendigo miró detenidamente el rostro de Elisa antes de contestar. Sus facciones denotaban un peculiar estado de estrés que hacía que su rostro, en otro tiempo podría decirse bello, ahora, aun quedando algo de esa belleza, tuviera un aspecto ojeroso, donde los estragos del cansancio habían hecho mella. Su piel, de por sí siempre blanquecina, ahora tenía un tono enfermizo.

—¿Ve esa calle de allí? Sígala. Luego verá una carnicería. Siga la siguiente calle, a su derecha. Después, continúe andando. La casa de Madison está en esa misma calle, en un callejón. —El mendigo la miró nuevamente a los ojos—. ¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó, algo preocupado ante su aspecto.

—Sí. Muchas gracias —respondió ella.

---

Elisa echó un último vistazo a las grotescas figuras de la fuente y continuó su camino. Tomó la calle que le había indicado el mendigo, una calle estrecha en la que, al mirar la fachada de los edificios, se hacía evidente la pobreza en aquella zona de la ciudad. La calle tenía una leve inclinación que hacía menos fatigoso el camino, lo cual agradeció Elisa. En su trayecto se tropezó con un par más de mendigos que extendían sus manos quejumbrosamente, haciéndole apretar la marcha, intimidada. Al llegar junto a la carnicería, un establecimiento lleno de moscas, paró y pensó detenidamente cuál era la calle que debía tomar. «La siguiente, a la derecha —recordó—. Tiene que ser por aquí».

Esta calle era aún más pobre y estrecha que la anterior, si cabe. Al cruzar la calle, un grupo de pájaros emprendió el vuelo ante su presencia. El súbito batir de sus alas asustó a la mujer, que miró hacia su alrededor girando su cabeza primero hacia atrás, luego de izquierda a derecha, y, luego, hacia arriba, hacia lo alto de las descuidadas fachadas, cuya estrechez parecía oprimirla. Sentía en el fondo de su ser cierta sensación de miedo, como si en los últimos meses algo siniestro estuviera persiguiéndola. Su corazón se aceleró mientras ella aceleraba el paso. «No es más que mi imaginación...», pensó.

En medio de la calle vio a un niño con los pantalones y la camisa sucios y rotos, y la cara llena de barro. «Niño, ¿la casa de la señora Madison?», preguntó Elisa, más por la necesidad de hablar con alguien que por la de encontrar la casa. El niño levantó su mano derecha hacia un lúgubre callejón, a modo de respuesta. «Muchas gracias», le dijo ella, siguiendo, seguidamente, la dirección indicada.

Un momento después estaba ya en el callejón. Un cartel escrito en letra algo borrosa, pero que se podía leer con claridad, le indicó que había llegado a su destino. Allí, encima de una puerta de madera vieja y enmohecida, podía leerse: «LA HECHICERA

---

MADISON». «Quizás “hechicera” suene mejor que “curandera”...», se dijo Elisa

Al acercarse a la puerta, un par de ratas se escondieron detrás de un cubo de la basura. Elisa tocó la puerta con sus débiles nudillos. Luego, al no escuchar respuesta, se fijó en un timbre que tenía a su derecha y presionó el botón.

—Sí, ya va. —Se escuchó detrás de la puerta, la cual se abrió al instante.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —dijo una gitana de pelo moreno, de unos veinte años.

—Busco a la hechicera Madison, ¿es usted? —preguntó entonces Elisa.

—No, sólo soy su ayudante —respondió esta—. Pase, la hechicera Madison enseguida la atenderá.

Elisa siguió a la muchacha gitana por un pasillo de paredes húmedas y agrietadas, cuyo único ornamento eran un par de viejos cuadros que colgaban algo torcidos y un par de sillas, en una de las cuales la gitana le indicó que se sentara. Elisa, cansada por la caminata, obedeció agradecida, mientras la gitana entraba por una vieja puerta de roble que había al otro lado del pasillo. Ella aprovechó aquel momento para descasar, aunque apenas si pudo hacerlo, pues la muchacha regresó a los pocos segundos. «Pase por aquí. Ms. Madison la está esperando», le comunicó.

Elisa se levantó, entonces, y se dirigió hacia una habitación sombría, siendo invadida por una oscura sensación durante ese corto trayecto. Una sensación que notaba sobre su temblorosa piel y sobre su agitado corazón. Cabizbaja pasó junto a la gitana, que sostenía la puerta amablemente, y que luego cerró tras ella una vez hubo entrado.

Aunque sentía cierto temor, lo que más predominaba en la mente de Elisa, en ese momento, era la curiosidad. Delante de ella tenía una habitación, cuyo lúgubre aspecto estaba a la altura de lo que había imaginado. Extraños amuletos y objetos raros

---

cubiertos de una fina capa de polvo llenaban la cerrada estancia. A la derecha de la puerta había una vitrina con pequeños frascos verdes, claros, rojos, azules y de otros colores, así como algunos libros antiguos. A su izquierda había un aparador con dos velas rojas, cuya luz titilaba sobre la pared, y una especie de muñeco vudú con algunas agujas atravesando su cuerpo de lana. En el lado opuesto, a su derecha, había un armario robusto cerrado con una llave pequeña que pendía de la ranura, mientras que en el fondo de la habitación se veía una estantería con un montón de amuletos, un par de patas de gallo, algunos pedazos de cristal y piedras, y un sinfín de objetos que Elisa no era capaz de identificar. Y, allí, en el centro de todo, bajo una araña de formas retorcidas, de la que colgaba una alargada telaraña que llegaba casi hasta la pared, descansaba en una especie de trono una mujer de unos sesenta años, que vestía una túnica color púrpura de terciopelo y un fino collar de oro con un broche con forma de estrella de cinco puntas. En frente de ella había una vieja mesa de madera con algunos grabados, sobre la que se hallaban una bola de cristal, una baraja de leer el futuro y otro par más de amuletos.

—Adelante. Por favor, siéntese —dijo aquella mujer, dando a su voz un tono rodeado de cierto halo enigmático.

La curandera Madison era una gitana de piel tostada y arrugada por la edad en la que destacaban dos enormes verrugas —una de ellas en un lado de su larga nariz aguileña—, unos ojos vivos y astutos, unos labios severos y un pelo raro que empezaba a mostrar varias canas.

—Buenas tardes, yo soy la hechicera Madison. Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —continuó la gitana en cuanto Elisa se hubo sentado.

Al mirar sus oscuros ojos, Elisa tuvo la sensación de que su penetrante mirada la atravesaba desde el otro lado de la tosca mesa de madera.

—Buenas tardes. No sé cómo empezar... Todo es tan raro y complicado.

---

—Habla, no tengas miedo. —La apremió Madison, que enseguida vio como su visitante tomaba aire, mientras ella aguardaba pacientemente.

—En mi vida iba todo bien —comenzó en ese momento Elisa—. Tengo un puesto de sirvienta en la casa de un señor acaudalado que, aunque severo, siempre nos trata bien y nunca se ha retrasado ni un sólo día en el pago. Tenía una salud estupenda, nunca había tenido problemas...

—Pero todo eso cambió, ¿no es verdad? —interrumpió Madison para hacerla abreviar.

—Sí, todo eso cambió. No fue un cambio brusco, pero el caso es que todo ha ido empeorando. Hará varios meses atrás empecé a tener mareos. En un principio no me preocupé, pero estos cada vez fueron más fuertes. Después contraí una fuerte gripe, y empecé a sentirme cada vez más y más débil. El médico me dijo que no me preocupara y me dio algunas vitaminas. Al principio me sentí algo mejor, pero fue sólo una ilusión. Enseguida, las cosas estuvieron peor que nunca. Cada vez comía menos, cada vez enfermaba más, dormía menos, y cada vez los mareos fueron peores. Y... —En este punto, Elisa dudó si seguir hablando.

—¿Hay algo más?

—Sí...

Elisa alzó su mano para enseñársela a la curandera. Sobre ella destacaba una enorme mancha negra con un ligero tono escarlata. Madison cogió la mano delicadamente, mientras una mueca de horror aparecía en su rostro.

—¿Desde cuándo tienes esto, muchacha? —dijo Madison algo inquieta.

—Desde que empezaron mis problemas. Al principio no era más que una pequeña mota casi imperceptible, pero luego fue creciendo, y su color fue cada vez más negro y más intenso. Era como si creciera a la vez que mis problemas.

---

Madison frunció el ceño.

—¿Has tenido últimamente algún accidente?

—Sí. Hace unos meses pasé junto a un grupo de perros que empezaron a ladrar como locos al verme. Uno de ellos se abalanzó y me mordió en la pierna. Suerte que el dueño consiguió dominarlo. Decía que nunca lo había visto así. Hará unos dos meses casi me cae una maceta de una terraza y, por último, esta misma semana por poco si me atropella un coche. ¿Cree qué tiene todo esto algo que ver? ¿Sabe? Yo soy de procedencia española, de Galicia. Allí creen mucho en estas cosas. Una amiga mía piensa que es una maldición. Por favor, ¿qué cree usted?

La gitana dio la vuelta a su mano y observó detenidamente las finas líneas que la surcaban.

—Veo la desdicha, veo una vida corta. Déjame ver qué muestran las cartas.

Elisa permaneció en silencio, como hipnotizada, mientras la hechicera barajaba las cartas y las iba colocando, a continuación, sobre la mesa en cinco filas diferentes. Por sus ágiles manos pasaban de un lado a otro, hasta que, por último, colocó una de ellas por delante de las demás. Luego quedó unos segundos inmóvil, como para dar algo más de suspense a la escena, antes de dar la vuelta a la carta, la cual aún seguía del revés. «¡Que no salga esa, que no salga esa!», pensaba, temerosa, Elisa. Mas, de entre todas las cartas posibles, fue la que tanto temía la que precisamente vino a aparecer súbitamente sobre la mesa, eclipsando todo lo demás. Allí estaba: la negra figura del esqueleto con su guadaña, la muerte. Los ojos aterrados de Elisa se abrieron como nunca al observar la grotesca figura plasmada en aquel trozo de papel.

—¿Qué significa esto? ¿Qué...? —En ese momento el terror que sintió los últimos días se multiplicó por cien.

—La muerte. Pero no siempre significa la muerte, a veces sólo la desgracia —decía Madison, en tono solemne, mientras tomaba otra vez su mano—. Noto una energía negativa, una energía muy poderosa sobre ti.

---

—¿Cree que se trata de mal de ojo?

—Puede ser. ¿Hay alguna persona que te odie? ¿Alguien que...?

Elisa la interrumpió.

—No, nadie. Yo no he hecho mal a nadie.

—Tal vez pueden ser celos o, tal vez, tan sólo envidia —continuó inquiriendo la gitana.

—No. Nadie me odia, y nadie tiene motivos para los celos o la envidia —contestó, finalmente, Elisa, tras meditarlo un segundo.

—Bien, consultaré a mi bola de cristal. En ella puedo ver aquello que está oculto.

La hechicera frotó con delicadeza la bola de cristal, casi acariciándola, mientras pronunciaba algún tipo de sortilegio. Después quedó con los ojos en blanco, mirando en las profundidades del cristal, aunque, a la vez, pudiera parecer como si no mirase a nada, salvo algo vacío.

—Veo una casa enorme y espléndida, veo a un señor con un elegante traje, joven aún, veo, veo... Veo el mal a su alrededor, veo la presencia del mal, veo... —calló un segundo antes de continuar— un ser maligno de ojos perversos. Veo...

Madison quedó en silencio, aunque sus ojos parecían todavía perdidos en las extrañas visiones que escondía aquel pulido trozo de cristal redondo. Pero, mientras callaba, su cara, que antes sólo mostraba espanto, ahora parecía estar invadida por algo que sólo se podría llamar curiosidad.

—¿Qué ve? ¿Qué ve? Por favor, dígamelo. Por favor... —casi gritaba Elisa, tensa por la emoción.

Finalmente, Madison volvió, por decirlo así, a este mundo. Parecía agotada por la experiencia. Algunas gotas de sudor caían sobre su frente.

—Por favor, dígame qué ha visto —imploró Elisa.

—He visto... —Madison iba recuperando poco a poco las fuerzas—. Nada. Tan sólo una fuerza oscura que se cierne sobre ti.

---

—¿Va a pasarme alguna desgracia? Por favor, dígame que no. ¿Y lo que dijo de una casa enorme, un señor y... —vaciló un segundo antes de continuar— un ser maligno...?

—Olvídalo. No tiene importancia —se apresuró a decir la gitana—. No se trataba de nada. Hay muchas formas de alejar el mal y las tinieblas. No temas. Estás en las mejores manos.

—Entonces ¿cree que puede ayudarme? —Elisa se sintió algo más aliviada.

—Por supuesto. —Madison se levantó de su trono y fue al armario estante que tenía a su espalda. Luego abrió un pequeño cajón y sacó un pequeño objeto dorado—. ¿Ves este anillo? Este amuleto te protegerá. Con él en tu dedo no habrá mal ni magia que puedan encontrarte. —Madison puso el anillo en las manos de Elisa, la cual lo colocó inmediatamente en su dedo corazón. El anillo parecía hecho de bronce, con algunos grabados en el aro y una piedra blanquecina incrustada similar al cuarzo—. Yo misma he bendecido el anillo.

—Gracias. ¿Alguna cosa más?

—Sí. Necesito algún objeto personal suyo. Lo pondré junto a ese par de velas. —Señaló hacia el aparador, a su derecha—. Y rezaré por usted cada día.

—Muchas gracias, no sabe cómo se lo agradezco.

Por último, la gitana alzó sus manos y le dirigió una bendición.

—Ya he hecho por ti todo lo que está en mis manos.

—Gracias. —La joven fue a coger la mano de la gitana, aunque esta la apartó disimuladamente, sintiendo cierta repulsión al mirar su oscura mancha—. Dígame, ¿cuánto le debo? —preguntó finalmente.

—Oh, de eso se encarga mi sobrina Rebeca. Véalo con ella.

Elisa volvió a darle las gracias de nuevo a la gitana, y, luego, se despidió, justo antes de levantarse y tomar dirección hacia la puerta. Cuando esta se cerró, Madison quedó pensativa. A su



---

mente volvieron de nuevo las imágenes. Vio una mansión, un hombre apuesto y rico. Después vio una figura demoníaca envuelta en llamas, de unos ojos perversos, realmente perversos. Luego se vio a ella en esa casa. Sí, se vio a ella en esa casa, por eso su curiosidad, se vio salir de esa casa, salir con algo en la mano, una bolsa, una bolsa que abrió. Y allí, dentro de esa bolsa, ante sus ojos, había un montón de dinero, dinero como para vivir bien el resto de su vida. Adiós a las paredes mohosas y las telarañas. Vio que iba a ser rica.

—Rebeca, Rebeca —llamó a su ayudante.

—Sí, señora.

—Sigue a esa mujer. Averigua todo lo que puedas sobre ella

—Rebeca parecía confusa—. Vamos, te lo ordeno.

Una casa enorme y espléndida, un señor joven con un traje elegante. El señor Hawkins estaba sentado junto a la balaustrada de mármol de la amplia terraza de su mansión. Sobre la distinguida mesa de fina madera había una taza de café que despedía un hilillo de vapor y un periódico doblado por una página en el que se podían ver un montón de cifras relativas a los índices de la bolsa. Mientras daba algunos sorbos a su café, Hawkins miraba el florido y verde jardín, rodeado por la alta valla y las filas de setos; la fuente repleta de figuras pétreas, que arrojaban hermosos chorros de agua; y la verja de la entrada con sus cuidadas formas de hierro macizo en medio de las dos colosales columnas de piedra. Hawkins sentía algo semejante al orgullo al ver todas estas cosas. Era el fruto de tanto sacrificio. Aunque —en realidad— no terminaba de ser orgullo, pues, en el fondo de su ser, por más que intentara ignorarlo, él sabía, sobradamente, de dónde procedía todo aquello.

Hawkins era moreno, de poco más de treinta años, de mediana estatura, frente estrecha, cuerpo esbelto y cierto garbo en su

---

rostro y modales. Reía poco, pero cuando lo hacía era con una risa petulante que tenía algo que parecía sólo media risa, como si sus ojos marrones y su ser no la acompañaran. Era la risa de aquellos que tienen algo que ocultar en su interior. Vestía un traje elegante, como siempre, de seda y fina tela, y unos relucientes zapatos de charol.

Al mirar su jardín veía a Evans, el jardinero, con sus tijeras cerrando y abriéndolas sobre uno de los setos. «Sí, Evans ha sido un buen fichaje. Mira cómo tiene el jardín», pensó satisfecho. Cogió de nuevo el periódico. La verdad era que esos números lo aburrían, pero era un hombre acaudalado, y su deber era saber de esas cosas. Dejó de nuevo el periódico en su sitio, doblándolo por la misma página, y bebió otro sorbo de su taza de café, y después volvió su mirada hacia el jardín y hacia su jardinero, el cual seguía trabajando con las tijeras. Zas, zas, zas. Mas, de pronto, Hawkins frunció el ceño. En aquel instante advirtió cómo una joven gitana de pelo moreno se acercaba a Evans desde el otro lado del vallado y, seguidamente, comenzaba a hablar con él. «¿Qué querrá?», se preguntó. La verdad era que los gitanos nunca le habían inspirado demasiada confianza.

Hawkins no perdía detalle de la escena, que no duró más de un par de minutos. Vio cómo al principio la muchacha soltó una risita pícara que Evans al momento acompañó, luego charlaron un rato, y poco después Hawkins observó cómo ella introducía su mano entre los barrotes de la verja y, acto seguido, le entregaba algo, algún pequeño objeto, al jardinero justo antes de marcharse.

—Morrison —llamó Hawkins, en dirección a la puerta doble semiabierta que daba al salón de su mansión.

Enseguida apareció por ella Morrison, el mayordomo, un tipo de cerca de sesenta años, algo rechoncho, pero robusto para su edad, de aspecto atildado y rostro severo.

—Señor, dígame, ¿qué desea? —dijo el mayordomo, con una voz algo vacía.

---

—Morrison, acabo de ver a Evans hablar con una gitana y darle esta algo en la mano. Hable con Evans y averigüe qué quería y qué le ha entregado.

—Sí, señor.

—Dígale que no quiero merodeando gitanos por esta casa.

—Señor, ¿se trataba de una joven morena? —preguntó en ese momento Morrison.

—Sí. ¿Por...? —Hawkins arqueó una ceja.

—La he visto alrededor de la casa más de una vez esta semana —respondió el mayordomo, manteniéndose recto y bien erguido ante su amo.

—Morrison, deberías haberme avisado —lo amonestó Hawkins—. Bueno, no importa. Pregúntale a Evans sobre ella, e infórmame cuando sepas algo. —El mayordomo se dirigía con su paso firme hacia la puerta cuando Hawkins lo interrumpió—. Por cierto, Morrison, ¿cómo se encuentra hoy Elisa?

—Mucho mejor, señor. Esta semana se encuentra menos débil. Está en la biblioteca, limpiando.

«Conque esta semana se encuentra mejor...», meditó Hawkins.

—Estupendo, ahora iré a verla. Gracias, Morrison, puede retirarse.

Morrison era el más antiguo de sus criados y su hombre de confianza, pero, en realidad, nunca hubo ningún atisbo de afecto entre los dos. No es que Morrison odiara a su amo, sino que era una persona fría, tan fría como eficaz, no propenso a esos sentimientos. «No como Elisa», se dijo para sí Hawkins.

Cogió la taza de porcelana, bebió el último trago de café, se estiró y se retiró hacia el salón, cruzando la misma puerta de roble por la que un momento antes había desaparecido el mayordomo.

Llegó a una inmensa sala, en cuyo centro había unos cómodos sofás de terciopelo y una mesita baja, y alrededor un montón de muebles tan caros como elegantes. Entre ellos, una zona de bar con una barra y unos estantes repletos de botellas de licores, y un

---

par de cuadros de gran valor en las paredes. Hawkins era un hombre de gustos caros y, la verdad, es que podía permitírselos. Dejó aquella habitación y continuó por un amplio pasillo, a cuyos lados había más cuadros y otros ostentosos ornamentos. Luego subió por una escalera de caracol que daba al segundo piso, y, una vez allí, entró por la puerta que se encontraba justo enfrente de él.

Allí estaba Elisa, limpiando con un trapo el polvo de una pequeña estatuilla que había sobre el escritorio, en medio de las filas de libros. Hawkins sentía un pequeño estremecimiento cada vez que la veía. Elisa no era como Morrison, en ella había algo más que esa frialdad. En otro tiempo hubo un gran afecto entre ellos dos, pero Hawkins sabía que no le convenía, lo sabía de sobra. Seguía sintiendo el mismo aprecio, pero tenía que guardar las distancias. Era por su bien. «Tus seres queridos sufrirán, tus seres queridos sufrirán». Las crueles palabras vinieron a su mente.

—Elisa, ¿te encuentras mejor hoy? —preguntó Hawkins, tratando de aparentar indiferencia.

—Sí, señor. Llevo unos días en que me siento un poco mejor.

Elisa sintió un escalofrío en su cuerpo al ver a su señor. Aún recordaba su visita a la hechicera Madison. «Veo una casa enorme y espléndida, veo a un señor con un elegante traje, joven aún, veo...».

—¿Te ocurre algo, Elisa?

—No, señor, no es nada. —Elisa volvió en sí y continuó moviendo el trapo sobre la estatuilla.

—Bien, deja eso por ahora. Quiero que vayas a limpiar a mi estudio.

—Sí, me queda tan sólo un segundo para terminar aquí. Ahora mismo voy.

La joven aligeró en su labor tratando de acabar lo antes posible, ante lo cual Hawkins asintió en señal de aprobación.

—Muchas gracias, Elisa.

Hawkins salió de la habitación y tomó por el corredor que tenía a su derecha. Anduvo algunos pasos y se paró delante de